

**ÁLVARO GARCÍA**

# **DISCURSO DE BODA**



**LIBROS CANTO Y CUENTO**

**M**I abuelo Gregor McKean solía pasar a solas en el hotel Venecia la semana menstrual de su mujer. Cuando me lo contaron reparé en el hecho de que mi abuela había tenido también la regla aunque sólo la vi ya anciana. Había sido una madre joven y, al final, en uno de los pocos cuartos no cerrados con llave, rezaba el último latín que le quedaba al mundo. Y yo parece ser que he heredado algo más que este casetón de madera y piedra. Huyo siempre, huyo de antemano, antes de que exista un motivo. El enamorado estable era mi hermano Evan, el humorista de televisión. No escapaba de eso, ni de sus bodas, ni de la ciudad ahí abajo, donde todo parecía haber pasado o estaba siempre por llegar y nunca llegaba. Algunos como él se concentraban en sostener aún una inminencia de sí mismos, conocedores, irónicos, viajados. Mi hermano aguantaba su propia comicidad local a sueldo, igual que en él y en la humanidad se mantenía la búsqueda de amor estable y entre dos, el amor que por naturaleza es inestable y sin sitio y llevaba y lleva a tantos a confiar de pronto en la estabilidad amorosa y no de uno, sino de dos y juntos.

En las casas de amigos de Evan había cuadros abstractos con marco tallado de frutas y de flores minuciosas. El paso de las décadas lo evitaban bastante bien las porcelanas pálidas de la tienda del aeropuerto. También lo esquivaban Evan y sus dos bodas y sus colaboradores jóvenes de la televisión, quince años de programa todas las noches, de once a una.

Este casetón mío fue vivienda del jardinero. La pista de tenis había sido de trébol diminuto y luego de tierra batida. Al volver yo, era de asfalto y no se usaba. Tuvimos de los nuevos dueños permiso para jugar al tenis en nuestra ex casa, convertida en hotel de eventos en el que Evan llegó a alquilar un salón para celebrar su primera boda y ahora estaba a punto de hacer lo mismo para la segunda.

Entró muy joven en la televisión local y actuó siempre como sin ganas, ojos de perro irónico, gafas desde niño, jersey de cuello de pico, acento un poco extraño, las sílabas borrosas. No había aún divorcio ni colegios bilingües cuando un jesuita, delante de nosotros, le había explicado a Marifranci que el bilingüismo y la separación, nuestra vida en general, lo que hacían era abrir esquizofrenia. Evan y yo mirábamos de reojo al cura y a Marifranci mientras giraba nuestro trompo en el suelo. Marifranci le dio las gracias al cura y, de vuelta a casa por aquellas aceras rotas bajo árboles que soltaban pelusa áspera, ella misma se inventó sin posibilidad de error que la esquizofrenia era algo que nos haría cambiar

la voz y que nos salieran, como añadió subiendo ya la cuesta, pelos en los huevos. Marifraci decía y cantaba lo que tuviera en cada momento en la cabeza. El día de la separación, después de tanto decírsenos que no era definitiva, que nuestros padres necesitaban pensar, que sólo discutían, no vino Marifraci a la puerta del colegio. Desde la ventana de clase vi el coche de nuestro padre y a él de espaldas tras la verja. Fuimos corriendo y diciendo papá y se dio la vuelta y no era él, era el jardinero con uno de los trajes que nuestro padre le pasaba al engordar un poco. Botón más o menos, el jardinero Antonio y papá eran de la misma talla. Antonio nos llevaba al cine y al dentista. Hablaba antes por teléfono con Marifraci y ella ponía acento fino: encantada, por supuesto, gracias, Antonio. Mamá se fue pronto a vivir a su casa ondulada de la costa.

A Katia el modo de hablar de Evan en la tele le parecía extraño, y no sólo por la pronunciación, que era como la de otros que ella había conocido aquí. Era gente reservada en el no terminar las frases, en algo así como la velocidad letal de la intuición, en la caída final del tono. Gente que hablaba como sin fuerza, conteniendo algo desesperado. Los colaboradores de mi hermano eran, dijo Katia, como otros de aquí: tipos enloquecidos, elegantes, pasados, divertidos sin querer. Esto fue al conocernos en la fiesta en que también nos dijo que no era mentira una de las mentiras que nos iba a decir. Ella